Los oscuros años de Vicente W. Querol, en Madrid 6

A TRAVES DE UN EXTENSO EPISTOLARIO INEDITO HASTA HOY

Por Leopoldo Aguirre

La ermita de la «Caseta Blanca», de Bétera, tantas veces mencionada por Querol en su epistolario

El día 6 de mayo de 1878, Vicente Wenceslao Querol se muestra en su carta de ese día inusualmente optimista. Este optimismo le provoca la casi certeza de una escapatoria a Valencia. El epígrafe que campea en lo alto del pliego es el siguiente:

«Confidencial - particular - íntima y reservadísima»

Y prosigue:

«Querido Pepe: ¿No te parecería acertado que yo, el sábado próximo, si Dios y estos señores lo permiten, tomase el tren y llegase a ésa el Domingo día de la Virgen? ¿No encontrarías muy en razón que aprovechando la circunstancia de ser aquí festivo el miércoles (Sn. Isidro), permaneciese ahí hasta dicho día inclusive? ¿No merecería tus plácemes que, los 4 ó 5 más íntimos, nos fuésemos uno o dos días a Bétera, si tus ocupaciones no te lo impiden? ¿Qué dices de mi atrevido pensamiento?

»No cuentes nada a nadie. Deseo llegar de improviso, estar ahí de incógnito y volverme desapercibido. Nada escribo tampoco a mis hermanos porque sentiría esperanzarles con mi llegada y no poder luego realizar el viaje.

»¿Cómo estás de la «quitarreta»? Supongo que el Doctor Quico os habrá redimido ya a tí y tu familia de esa mortificación.

»No quiero escribirte más. Lo guardo todo para charlar en grande si mi escapatoria se realiza. Dios lo quiera. Presumo, presumo, que sí que voy. Mis afectos, etc. y tuyo VICENTE.»

Esta carta se complementa con una escueta nota de día 10 de mayo:

«Querido Pepe: Si mañana no ocurre nada de particular que me lo impida, saldré por la noche. A los piés de Rosa. Tuyo VICENTE.»

Y en efecto, Vicente Querol viene a Valencia, y queda aquí unos días. Después, urden él y sus amigos un viaje a París para el verano, al que hace referencia en carta de 8 de septiembre de 1878.

«Querido Pepe: El viernes por la tarde ingresé de nuevo en el hogar doméstico, tras de 26 días de ausencia.

»Desde que os marchasteis mi vida de París tomó un carácter completamente monótono. Parte del día lo dedicaba a los trabajos que motivaron mi viaje y el resto lo destinaba a la Exposición. Las noches las invertí en ir recorriendo los prados, teatros que me faltaba ver. Nada me ocurrió digno de contarse. Todo serio, metódico, normal y aburrido. Llegué a desear el regreso y por fin el miércoles por la mañana, en el tren Rápido de Burdeos abandoné sin sentimiento la nueva Babilonia.

»¡Qué hermosísimo país la Turena y el Orleane (sic)! Siento que no los recorriéseis de día como yo. Verdaderamente el lema de «Dieu protège la France» queda justificado por la prodigalidad de la Naturaleza a favor de nuestros vecinos.

»Permanecí pocas horas en Burdeos, donde no hice otra cosa de bueno más que hartarme de ostras, y seguí luego mi camino en busca de las áridas estepas castellanas.

»Cruzamos la frontera sin obstáculos a pesar de que la niña del Director había añadido un mundo más a su equipage, y me despedí de estos Sres. en Miranda, donde tomaron el tren para Logroño.

»Yo seguí solo, fatigado y soñoliento, despertando de vez en cuando para ver a través del polvo que levantaba el tren, ora las caladas torres de la Catedral de Burgos, ora el apiñado, sucio y mísero caserío de Estepar y Quintanapalla. ¡Qué contraste!

»Crucé luego entre las sombras de la noche Valladolid que se preparaba para recibir a Dn. Alfonso y Avila que lo albergaba, y llegué por fin a Madrid para estrechar fuertemente entre mis brazos a mi familia. Ya habían recibido carta de mi hermana Julia en la que participaba la visita que habías tenido la bondad de hacerle.

»A Ferrer lo dejé mejor, pero el médico parece se inclinaba a que se operase y esto le tenía con alguna zozobra, si bien animado por el deseo de que la operación le curase radicalmente.

»Aquí muy alarmados por los casos de fiebre amarilla, si bien convencidos de que no pueden convertirse en epidemia. Según dicen ya van desapareciendo los motivos de susto. La verdad es que ha habido bastante descuido en el modo de recibir a los soldados cubanos.

»Mucho me alegraré de que a tu llegada a esa encontrases perfectamente buenos a todos los tuyos y que tus compras de París mereciesen aceptación universal. Te supongo dedicado como yo a hacer el minucioso relato de todo lo que has visto. Y he abierto un curso sobre la Exposición en el comedor de mi casa y doy conferencias todas las noches.

»¿Cómo regresó Brel? ¿Está ya bueno y contento del viage? Deseo también mucho que encontrase buena a Pepita (Pepita era la esposa de Brel). Díle que escribo también para él esta carta, pues, el cúmulo de negocios que me espera me impedirá hacerlo directamente.

»Escríbeme y cuéntame todo vuestro viage desde que nos separamos. ¿Llegó Mir a Valencia? ¿No se os escapó por el Pirineo? Un abrazo a todos los demás compañeros de viage.

»A los pies de Rosa. Mil besos a los pequeños. ¿Hay uno más? Tuyo VICENTE.

»Mis afectos a Pujol.»

Como hemos visto en la anterior carta, Querol, solo ya en París, terminaba cansado de la entonces llamada Ciudad Luz. Pues bien, su mala suerte, le volvía a llevar contra su voluntad a la capital de Francia pocos días después:

11 Nvbre. 1878

«Querido Pepe: Mil y mil felicitaciones por el nuevo vástago y sobre todo por que Rosa esté ya restablecida.

»No te he escrito porque mi vida no es vida. Regresé de París el 6 de octubre y el diez y seis volví a salir para París de donde he venido el último del mes pasado. Este segundo viaje fue dedicado exclusivamente a negocios y de tal manera atareado que no fui más que un solo día a la Exposición y una sola noche al teatro. Pero esa noche fui a la Opera a ver el nuevo Poliuto de Gounod.

»Ahí sí que hubieses tú gozado. ¡Qué fausto! ¡Qué boato! ¡Qué lujo! Una cosa indescriptible. ¡Cinco millones de reales gastados para poner la obra en escena! No es una función teatral, es trasladarte completamente a los días más fastuosos de la Roma del Imperio y ver y palpar los esplendores y los vicios de aquella sociedad corrompida. La entrada triunfal del ejército. Las fiestas paganas en el templo de Minerva. Las reuniones de los cristianos en los bosques junto a los lagos — y la escena del Circo son cuadros inolvidables. Estaría justificado un viaje a París sólo por verlo. En fin, ¡tatata!

»Regresé y me he encerrado entre las cuatro paredes verdes de mi oficina y aquí respiro apenas bajo el peso de veinte resmas de papel manuscrito. Al menos tú ves el mar.

»Me han dicho que el ferro-carril intenta seriamente llevar las naranjas a Inglaterra por Burdeos y que piensa dar anticipos y hacer precios fabulosamente bajos. ¿Es eso cierto? Muchísimo siento que el negocio no vaya como tú deseas y mereces. Confío, sin embargo, que todo se remedie y que tus afanes se vean dignamente recompensados.

»Un abrazo al pintor. Díle que le escribiré tan pronto como pueda dedicar unos cuantos minutos a la dulce conversación de los amigos.

»Mi enhorabuena a Velasco si es ya público su casamiento. Buena jamona es la viudita. Aquí la vi el año pasado y estaba muy guapa.

»A Teodoro, Felicísimo (Felicísimo Llorente, hermano de Teodoro) y demás amigos un abrazo.

»Celebro tu completo alivio y envidio tus excursiones a Bétera. Mil besos a los pequeños inclusos el recién venido. Mis afectos a Rosa. Tuyo. VICENTE.»

(Exclusivo para LAS PROVINCIAS. Prohibida la reproducción.)

EL TEIDE, la Catedral de Tenerife

Por Miguel Delibes

EN rigor, la isla de Tenerife es el Teide, y lo demás no es sino mera comparsería. El tinerfeño se siente orgulloso de su volcán:

—Es el pico más alto de España, niño.

—Sí, ya lo sé.

Y alza hacia él los ojos con cierta admiración supersticiosa no exenta de ternura. Porque el Teide, cuando se ve, se ve desde cualquier rincón de la isla. Digo cuando se ve, porque, de ordinario, el Teide no se ve; oculta su majestuosa belleza tras un anillo de nubes blancas, algodonosas.

Para tratar de tú al Teide hay que hacer un esfuerzo: trepar y pasar frío. Particularmente en los días en que el invierno se inicia y la cresta del volcán empieza a espolvorearse de nieve. Pero el Teide no sólo preside, sino que informa la vida de la isla. Las rocas, la tierra, los verticales y gigantescos diques de basalto, los lagos de ceniza, los ríos de lava petrificada, las playas de arena negra, los inmensos depósitos de piedra pómez, todo ha salido de su vientre. El Teide es, pues, un volcán padre. La criatura está a sus pies aclamada de plataneras, laureles, dragos, palmeras y flores de Pascua. Y en torno a él, empinándose, los [illegible] conos de los volcanes secundarios como una tierra a punto de ebullición. De aquí que para el tinerfeño, el Teide sea una referencia constante.

Las excursiones por la isla —al norte, al sur, al este o al oeste— están inevitablemente flanqueadas, de un lado por el Teide, del otro por el mar. La variedad de uno y de otro se presta, naturalmente, a mil combinaciones a cuál más caprichosa y pintoresca. Sin embargo, nuestro acompañante isleño nos hará agachar la cabeza por la ventanilla del automóvil a cada curva del camino:

—No, hoy no se ve.

O bien:

—¿No es cierto que parece más bajo de lo que es?

O bien:

—[illegible] blanco, casi en la cresta, lo llamamos el Pilón de Azúcar, ¿qué le parece, niño?

Es el Teide siempre. El Teide tiene al isleño con una fascinación increíble. Es un padre cruel, pero no deja de ser padre. El tinerfeño muestra el Teide con el mismo orgullo que un burgalés su Catedral. A fuer de cuentas, el Teide es la Catedral de Tenerife.

Esto explica que cuando, finalmente, el turista decide la excursión al Teide, experimente dentro de sí un desasosiego nervioso. El acceso al volcán por La Esperanza fue el refugio de un puñado de conquistadores españoles, después de la gran carnicería de La Matanza, monte abajo, junto al mar. Al parecer el nombre de La Esperanza es debido a que los españoles divisaron desde lo alto sus naves aproximándose de nuevo a la isla. De ordinario la nomenclatura de Tenerife responde a la época de la conquista, siquiera perviven aún nombres —[illegible], Igueste, Tacoronte— de la más pura raíz guanche.

La carretera de La Esperanza, empinada y dura, es de una belleza misteriosa. El bosque de pinos, denso y silencioso, proyecta una melancolía extraña: Es como si el polvo de los siglos, la historia toda de una isla afortunada, permaneciesen prendidos de sus copas y sus raíces. El bosque de pinos de La Esperanza, con el bosque de laureles de Las Mercedes, son los únicos bosques de la isla y ambos brotan a una altura intermedia y constituyen la transición entre la vegetación exuberante de las tierras bajas del norte y la agónica desnudez del Teide y sus aledaños. De estos bosques extraen los isleños sus maderas incorruptibles. Puertas, ventanas, mesas del tiempo de la conquista permanecen inalterables al paso de los siglos. No hay polilla, termita, humedad, que se atreva con ellas; su resistencia, solamente comparable a la de la plata de los retablos de sus iglesias; con la particularidad de que la vejez de estas maderas es una vejez lustrosa y desafiante, una vejez extraordinariamente rica y decorativa.